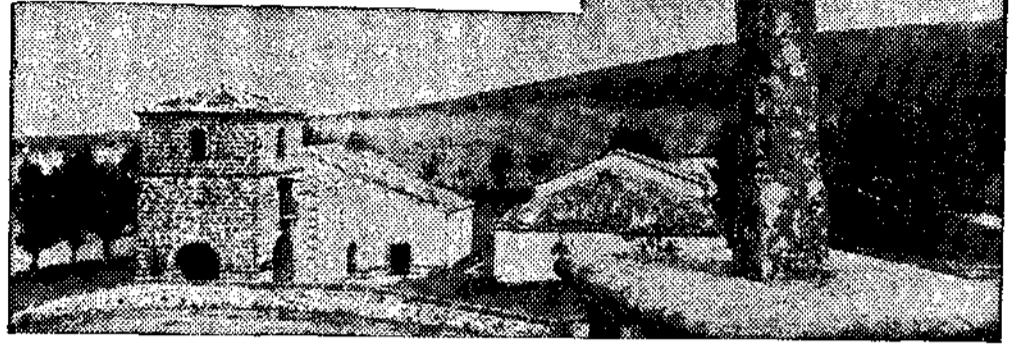
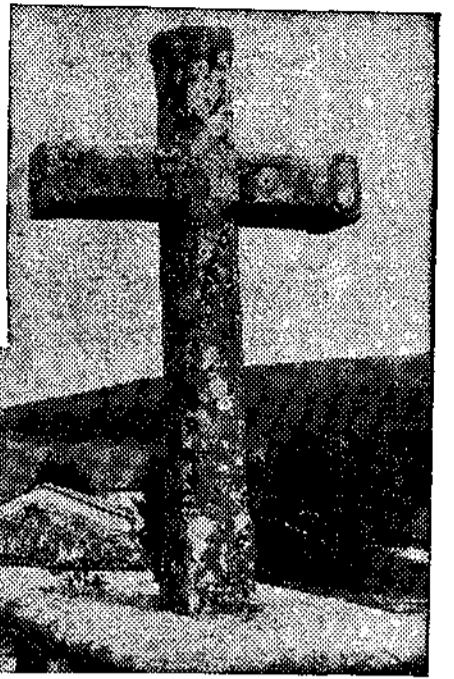


# SANTUARIO EN LA SOLEDAD DE LA SIERRA DE LOS ACEBALES



En el mismo sitio en donde en 1575 había una humilde ermita Jedicada a la Virgen, se levanta hoy el santuario de Nuestra Señora del Acebo, uno de los más venerados del occidente de Asturias.

Hasta allí llegaron, después de catinar a caballo durante toda la noche y parte del día, un matrimonio de ancianos, vecinos de Concernoso, en las brañas vaqueiras de Luarca.

Rodrigo Dominguez y Maria Acero —de sesenta y ocho y sesenta años, respectivamente— saludan al párroco del Acebo, don Herminio, con esa frase sencilla, profunda y sincera que es costumbre decir por aquellas tierras: "Buenos días, padre, y que la paz de Dios sea con nosotros". Después descabalgan ágilmente y don Herminio les pregunta:

—¿Son vaqueiros?

El hombre da una vuelta a la gorra, se sonríe con una pizquilla de ironía y responde:

—Sí, señor, vaqueiros somos. Pero vaqueiros rancios.

Los dos viejos vienen a pedirle al cura que diga una misa por sus intenciones el martes, que es el día de la fiesta de Nuestra Señora del Acebo. Después entran en la capilla y se arrodillan piadosamente ante la imagen de la Virgen. Oran devotamente durante media hora y salen a la explanada que rodea el santuario.

Este matrimonio de ancianos viene en peregrinación todos los años desde

**Fue construido en el siglo XV, en el mismo lugar donde se levantaba una humilde ermita hecha por los pastores**

**El martes se celebrará la fiesta: llegarán cientos de peregrinos**

que se casaron. Doña Maria aprovecha el viaje para tomar las aguas termales de Puelo, en Cangas.

—Son muy buenas para la piel y para el reuma. Con dos días que las tome me basta para que en todo el año la eczema no me moleste. Para el reuma tengo también este aro de cobre en la muñeca, pero no se crea que me espanta el mal. Los mates de los viejos —dice doña Maria con un tono de sentenci— se espantan mal. Son como las pulgas en los perros vagabundos.

El otro día llegó este matrimonio de vaqueiros al santuario del Acebo. Ayer, quizás hayan llegado más peregrinos. Raro es el día del verano que no se arro-

dillen a los pies de la Virgen gentes llegadas desde los más remotos y lejanos lugares del occidente de Asturias.

Pero el próximo martes, que es la fiesta del santuario, la explanada que rodea la ermita se llenará de peregrinos. La devoción y piedad que se siente en muchos kilómetros a la redonda por la Virgen del Acebo es muy grande desde tiempo inmemorial.

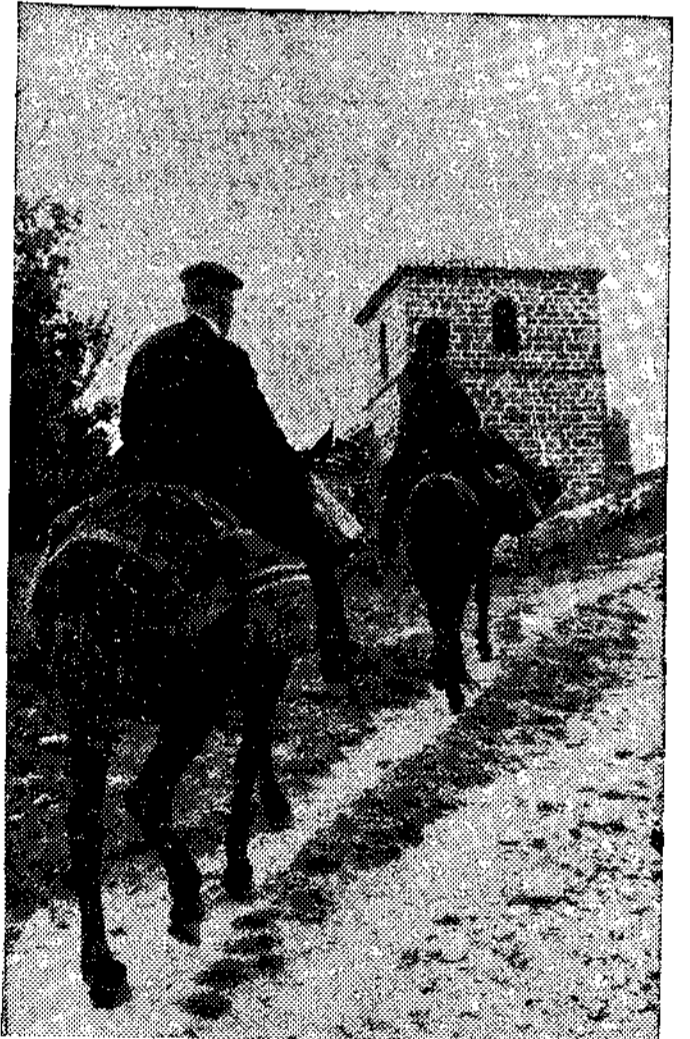
Ya en 1575, como hemos dicho, había donde hoy se levanta el santuario una ermita pobre dedicada a la Virgen; era "tan pobre y bajo —dice el padre Carballo en un libro— que era necesario bajar la cabeza para entrar por la puerta: estaba cubierta de tablilla

y céspedes; tan pobre que sólo en el altar había una imagen de Nuestra Señora y una cruz de palo, sin otro adorno alguno".

La imaginación de los sencillos pastores y vaqueiros, que en las cercanías de la ermita guardaban sus ganados y adonde acudían a ofrecerle al Señor sus oraciones, había enriquecido la pobreza del santuario con curiosas leyendas que excitaban en ellos el respeto y la devoción. Se decía entonces que algunas personas, atravesando por la noche la sierra, habían visto que en la ermita se celebraban oficios divinos. "Asistía a ellos una Señora de gran autoridad y mucho acompañamiento". Decía también la leyenda

los pueblos de la Sierra de los Acebales, donde don Herminio, un cura generoso y bueno, hace labor de misionero desde hace tres años. Estos días, en la casa de novenas, diez mujeres hacen ejercicios espirituales. Ellas mismas preparan la comida y hacen la limpieza de sus habitaciones, que parecen celdas para prisioneros. Aguaman el frío de la noche sin apenas ropa para taparse; duermen sobre la madera.

Mañana, domingo, hay fiesta en el Acebo. La organizan los habitantes de la Sierra que han emigrado a Madrid. Y el martes, día 8, es la fiesta de Nuestra Señora del Acebo. Se celebrarán misas desde las seis de la mañana hasta la una de la tarde. Y el domingo, día trece, es el Día de las Ofrendas.



que, acabada la misa, desaparecía todo.

Una mujer, parálitica desde su niñez, recobró, en 1575, mientras oraba en la pobre ermita, su salud. Este primer milagro, y otros que siguieron después, sirvieron para que se pensase en construir un santuario más grandioso dentro de la sencillez. Y así se hizo inmediatamente.

A pesar de la furia de los vientos que soplan en aquellas alturas, y a pesar de la abundancia de agua y nieve que caen en el lugar durante todo el año, y que obligan a la frecuente reparación de los edificios construidos en el siglo XV, el plano del santuario y casas anejas no ha cambiado hasta la fecha.

Este santuario domina

Como siempre, a estas fiestas, acudirá mucha gente. Después, el santuario se quedará solo. Don Herminio llegará hasta él, algún día de invierno, cuando la explanada que lo rodea esté cubierta de nieve. Dejará su caballo blanco atado al tronco de un viejo acebo y entrará en la ermita.

—Entre tanta soledad —dice don Herminio— las oraciones parece que llegan más pronto al cielo.

Texto:

GRACIANO GARCIA

Fotos: VELEZ

